

de lejos, creería encontrarse en presencia de un mar de fuego; tan vivo es el resplandor que lanzan sus bruñidos dorados. Frente á esta magnificencia que se despliega ante ellos, aparece como borrada su belleza. <sup>(1)</sup> Aun los corazones cristianos no pueden negar que la comparación resulta por completo en desventaja suya, si uno no considera más que el exterior; pero apenas se traba el combate, cuando todo aquel esplendor de los paganos da pruebas de ser más deslumbrador que sólido. El caballero cristiano asesta un golpe, y, semejante al granizo, los ornamentos del escudo y de la coraza del sarraceno cubren el suelo; da otro golpe, y el corcel árabe, que ningún freno puede ya detener, huye como el viento, arrastrando en su carrera al jinete hendido en dos. <sup>(2)</sup> Eleva entonces el caballero cristiano la visera de su casco para refrescar su rostro, y nota con orgullo que los pocos anillos de oro y piedras preciosas que lo adornan, fueron colocados con tal arte, que precisamente rebotó sobre ellos la hoja damasquina, la cual, sin ellos, hubiese cortado el acero como seda.

Lo mismo ocurre con nuestra cuestión. En algunas sentencias aisladas que brillan con gran resplandor, no podríamos ciertamente rivalizar con la sabiduría puramente profana. Si se trata de nombres pomposos, de frases sonoras, de expresiones espirituales y de giros sorprendentes, de-

(1) *La chanson de Roland*, 637 y sig., 1661 y sig., 3150 y sig. Kuonrât, *Rolanslied*, 4258, 4933, 7175 y sig.

(2) Nuestros poemas heroicos de la Edad Media, aunque escritos por sacerdotes, cantan con entusiasmo esta magnífica acción de un caballero. Por ejemplo, Lambrecht, *Alexanderlied*, 1636 (Weismann); Kuonrât, *Rolandslied*, 5060 y sig., 6383; *La chanson de Roland*, 10326 y sig. Por otra parte, estos hechos no son puramente imaginativos, pues aquella acción fué en realidad ejecutada por un caballero de Suabia, y de aquí la palabra *Shwabensreich* (*tour de Suabia*). V. Nicetas Chomâtes, *De Isaaco Angelo*, 2, 7, (Migne, *Patrol. græc.*, 139; 781); Crusius, *Annal. Suev.*, p. 2, l. 11, c. 18 (Francfort, 1733, I, 664); Düntzer, *Erläuterungen zu deutschen Classikern*, VII, 225 y sig. Se nos refieren también parecidos hechos extraordinarios de Godofredo de Bouillon (Guillermo de Tiro, 9, 22), y entre otras cosas, se refiere de él que partió en dos á un guerrero musulmán, cuya parte superior rodó por el polvo (Guibert., *Gesta Dei*, 7, 5, 11. Guill. Malmesb., *Gesta*, 4, 373).

bemos confesar que nos superan. <sup>(1)</sup> Pero en esto también hay doble desventaja para ellos y doble superioridad para nuestra fe; porque cuanto más se agoten en palabras estos doctores humanistas, más comprensible es que sus hermosas doctrinas no sean accesibles más que á un pequeño número, <sup>(2)</sup> y no ejerzan influencia alguna sobre la vida. <sup>(3)</sup>

Frente á estas magníficas sentencias, debemos constantemente acordarnos de que, no sin motivo, nuestra fe lleva en sí la apariencia del grano de mostaza. El niño atolondrado, á quien dejamos la elección entre este grano de mostaza y una calabaza jugosa, no vacilará mucho en decidirse. El grano imperceptible no tiene valor alguno á sus ojos, pero no ocurrirá lo mismo con el hombre maduro; y con razón, pues si tomáis este granito y os lo coméis, pronto sentiréis que el fuego se difunde en seguida por vuestras venas, que vuestra sangre se renueva, y que vuestros humores se purifican. <sup>(4)</sup>

Por otra parte, ¿qué son esos principios pomposos, sino almendras cubiertas de azúcar, uvas dulces, que uno come como postres después de una comida sustancial, pero que jamás pueden saciar, y gracias de que no corrompan la sangre? Aunque estos principios ofrecen cierto atractivo é influyen sobre diversos juicios, no tenemos en manera alguna necesidad de rebajar nuestra doctrina comparándola con la del Humanismo, y, con mayor razón, conceder la victoria á este último. <sup>(5)</sup> No tenemos razón alguna para negar que los filósofos paganos nos ofrezcan á veces preceptos excelentes sobre muchas cosas de detalle, como, por ejemplo, sobre la templanza, la dominación de uno mismo, la justicia, el valor, la violencia que uno debe hacerse, <sup>(6)</sup>

(1) Tatian., *C. Græc.*, 26. Hieron., *In Mat.*, 13, 31.

(2) Cicero, *Tuscul.*, 2, 1. Lactant., *Inst.*, 3, 25.

(3) Chrysost., *Hom. ad pop. Ant.*, 19, 1. Orig., *C. Cels.*, 6, 2, 5. Champagny, *Les Césars.*, (5) III, 225-235.

(4) Cf. Hieronym., *In Mat.*, 13, 31.

(5) Tertullian., *Apolog.*, 45. Neque de scientia, neque de disciplina, ut putatis, æquamur. Boner, Edelstein, *Epilog.*, 19 y sig.

(6) Origen., *C. Celsum*, 6, 2. Tertull., *Apolog.*, 46.

pero ello no impide que, no obstante toda su apariencia, palidezca su esplendor en el instante mismo en que sus doctrinas se comparan con las de nuestra religión, <sup>(1)</sup> pues precisamente la pompa con que se presentan es la causa de su inferioridad.

Pero cuanto más una doctrina, y en particular una doctrina que tiene exigencias difíciles, se presenta á nosotros por manera modesta, más nos obliga á tener de ella una opinión favorable, y más nos invita á depositar en ella nuestra confianza, á examinarla y aceptarla. Nuestra fe podrá, pues, á causa de su sencillez, atraerse el desprecio de algunos espíritus orgullosos, pero, por esta cualidad, alcanza un doble objeto, ya que, en primer lugar, todos la comprenden, y en segundo, nos enseña á buscar nuestro fin más elevado, no con palabras sonoras, pero muertas, sino con acciones llenas de vida.

Enriquecidos con este doble título de gloria, no sólo no nos avergonzamos de las palabras sencillas del Evangelio, sino que nos felicitamos de que ningún pueblo, antes que nosotros, haya visto proclamadas sus obligaciones en forma de apariencia tan modesta.

Las enseñanzas de Platón, de Séneca, de Plotino, son muy elevadas, pero desde que uno las ahonda y examina más de cerca, se disipan como la bruma y se hacen inútiles en la práctica. Las palabras tan sencillas y populares del Divino Maestro provocan desde el primer momento nuestro asombro por su sencillez; pero cuanto más las examinamos, más descubrimos su profundo sentido, y, cuando nos disponemos á realizarlas, parece que nos sumergimos en un mar inagotable lleno de esa agua santa, que brota del templo de Dios, de que habla el profeta. <sup>(2)</sup>

Cada cual puede hacer en sí mismo la experiencia al darse cuenta de lo que exige cualquiera de estos principios: «Oísteis que fué dicho á los antiguos: No matarás. Mas yo os digo que todo aquel que se enoja con su hermano,

(1) Augustin., *In ps.*, 140, *enarr.* 19.

(2) Ezech., XLVI, 1 y sig.

obligado será á juicio.» <sup>(1)</sup> «Oísteis que fué dicho á los antiguos: No cometerás adulterio. Pues yo os digo que todo aquel que pusiere los ojos en una mujer para codiciarla, ya cometió adulterio en su corazón con ella.» <sup>(2)</sup>—«Habéis oído que fué dicho: Ojo por ojo, diente por diente.» <sup>(3)</sup> Mas yo os digo que no resistáis al mal». «Habéis oído que fué dicho: Amarás á tu prójimo y odiarás á tu enemigo. Mas yo os digo: Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os odian, y rogad por los que os persiguen y calumnian. Para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos y llueve sobre justos y pecadores. Porque, si amáis á los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No lo hacen también los publicanos? ¿Y saludaréis tan solamente á vuestros hermanos? ¿Qué hacéis de más? ¿No hacen esto mismo los gentiles? Sed, pues, vosotros perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto.» <sup>(4)</sup>

**4. La justicia cristiana no consiste en palabras ni en ciencia, sino en acciones santas.**—Esto nos conduce á la tercera superioridad del Cristianismo, superioridad que no encuentra igual.

Nadie niega que las reglas de vida y los principios del Humanismo se presentan á veces de un modo muy sugestivo sobre el papel, pero, en la práctica, representan un papel desdichado, y, con frecuencia, ningún papel. Y no puede ser de otro modo. El Humanismo no trata de ejercer sobre todas las potencias del alma una influencia común é igual, ya que manifiesto es que se siente incapaz de formar un hombre completo. De aquí que se acantone prudentemente en un terreno, en el cual, nadie puede hacer tan fácilmente la prueba de los resultados de sus influencias, como en la vida moral exterior, á saber, en el desarrollo exclusivo del poder de la inteligencia. Cuando habla de

(1) Matth., V, 21, 22.

(2) Matth., V, 27, 28.

(3) Exod., XXI, 25. Levit., XXIV, 20.

(4) Matth., V, 43, 48.

formación, entiende exclusivamente por ella la cultura de la inteligencia. Pero el ennoblecimiento de la voluntad y del corazón, es cosa en la cual no piensan nunca. La formación descansa en la ciencia; la ciencia es la que forma; tal es su principio de educación, tal su sabiduría.

Pero poco le importa que la ciencia no sea virtud; que una inteligencia sabia no tenga por consecuencia inmediata y necesaria un corazón noble y una voluntad fuerte; que, por lo contrario, sin una disciplina particular de la voluntad y del corazón, la sola formación de la inteligencia hace al hombre vacío, orgulloso, difícil de dirigir, sin peso, y todo lo más, capaz de satisfacer sus pasiones; de esto no se ha dado cuenta nunca.

Así, pues, podemos, en consecuencia, decir sin exageración que el Cristianismo no tiene por qué temer la concurrencia por parte del Humanismo, al intentar hacer de cada uno de sus adeptos un cristiano y un hombre completo. Así como nuestra religión no concede importancia á las bellas declamaciones poéticas sobre la virtud, así la formación del mundo no procura buscar su gloria en la realización de la fría virtud prosaica. Una y otra apenas tienen puntos de contacto sobre esta materia. No queremos decir que despreciamos la ética como tal; por lo contrario, somos los últimos en desconocer la importancia que tiene para que nos formemos ideas claras y justas sobre nuestros deberes; pero la estimamos, precisamente porque sabemos que sin ella no hay conducta alguna recta, y esto es lo que nos interesa. Los hermosos discursos sobre la virtud y la perfección, no tienen significación, si no encaminan al hombre á poder practicar la una y la otra sin error; de aquí que el cristiano considere la enseñanza sin virtud, no como una cosa principal, sino únicamente como un medio para llegar al fin. Pero si este medio es tan importante, compréndese fácilmente qué importancia es preciso atribuir á la acción y á la vida misma.

Así se explica porqué los escritos de la moral cristiana, á pesar de toda su superioridad, no pueden sostener la

comparación con las obras vivientes que nos relata la historia de la Iglesia y particularmente la historia de los santos. Vemos ordinariamente que los que han escrito menos discursos brillantes sobre la virtud, son los que han practicado las virtudes más elevadas. Los hombres capaces de realizar grandes acciones, rara vez son charlatanes. Pues bien, todos los cristianos deben ser hombres de acción y no hombres de ciencia y de palabra. Para ellos, la ciencia es poco, la acción lo es todo. Los bellos discursos y la admiración no conducen á nada. Sólo poniendo ardorosamente manos á la obra se consigue algo. «Porque no son justos delante de Dios los que oyen la Ley, sino que los hacedores de la Ley serán justificados.» <sup>(1)</sup> «Pues todo aquel que oye estas mis palabras y las cumple, comparado será á un varón sabio que edificó su casa sobre la peña.» <sup>(2)</sup>

**5. La justicia cristiana es ya elevada relativamente á la práctica de las virtudes naturales.**—Si esto es así, no sólo debemos mostrarnos satisfechos de poseer una moral tan sublime como la nuestra, sino que debemos confesar que nuestra religión tiene razón en gloriarse de su superioridad moral, por cuanto puede reivindicar el honor de haber hecho madurar los más hermosos frutos de la vida. No son los más hermosos discursos los que tienen una influencia decisiva, sino los mejores principios practicados con la mayor fidelidad. Y esto, no sólo tiene lugar con relación á las virtudes cristianas propiamente dichas, sino también en lo concerniente á las virtudes puramente naturales. Si nuestra religión quiere probar nuestra superioridad absoluta, preciso es que consiga también la victoria sobre el mundo con relación á estas últimas.

La justicia cristiana no nos dispensa de ninguna de nuestras obligaciones naturales; por lo contrario, espera que hagamos por éstas más de lo que el mundo se atreve á exigir de sus discípulos. Pero, no sólo puede y debe suscitar esta exigencia, sino que da también la fuerza necesi-

(1) Rom., II, 13.

(2) Matth., VII, 24.

ria para realizarla. No hay virtud que no sea practicada con más perfección por la justicia cristiana, que por la moral del mundo.

Entre las virtudes que mayor esfuerzo exigen sobre uno, preciso es citar, para ofrecer un ejemplo, el amor á los enemigos. Tan difícil de practicar es esta virtud, que con frecuencia se la ha querido borrar del número de las virtudes humanas; pero sin razón, porque es una virtud natural. Muchos filósofos paganos llegaron hasta presentir toda su belleza, y aun hasta desear ardientemente practicarla; <sup>(1)</sup> pero que de hecho la practicasen, es lo que no sabríamos decir. «Es—dice el mismo Sócrates—una doctrina de la que no es posible convencer, sino á cortísimo número de personas; una doctrina que ofrece las más serias y grandes dificultades». <sup>(2)</sup> Pero Sócrates—lo que, con todo, no nos impide hacer justicia á la nobleza de sus sentimientos—no exige en manera alguna el amor á los enemigos tal como lo comprendemos nosotros, sino que entiende por él únicamente que se abstenga uno de vengarse exteriormente de sus enemigos. Pues bien, lo que parecía imposible á los paganos, siquiera sus pretensiones fuesen muy limitadas, practícanlo los cristianos en realidad, no sólo una vez, sino centenares de veces.

Los apologistas de los primeros siglos tenían, pues, perfecto derecho de decir á los incrédulos sino debían reconocer la fuerza superior y verdaderamente divina de la Revelación en el solo hecho de que, por la práctica de la caridad con sus enemigos, daban pruebas los cristianos de una energía moral, á la que nunca habían podido ellos elevarse con el auxilio de su filosofía. <sup>(3)</sup> Pero los paganos se guardaron bien de llevar más lejos la discusión, pues sabían que este argumento era concluyente. Sin embargo,

(1) V. Huet, *Quæstiones Alnetanae*, 3, 18, 19.

(2) Plato, *Crito*, 10, p. 49, a. b. *Rep.* 1, p. 335, a. y sig.

(3) Justin., *Apol.*, 1, 14, 15. Cf. *Dial.*, 18, 85, 96, 133. Athenag., *Leg.*, 11, 12. Theophil., *Ad Autolyt.*, 3, 14. Tertull., *Apol.*, 31. *Ad Scapul.*, Cf. *Adr. Marcion.*, 4, 16, 35. Cyprian., *Test.*, 3, 22, 106. Clemens Alexandr., *Strom.*, 2, 18, 90 (p. 476); 19, 102 (p. 483); 4, 14, 95 (p. 605).

no podían dejar de admirar la fuente de donde provenía el amor que los cristianos profesaban á sus hermanos. <sup>(1)</sup> «Mirad como se aman», exclamaban estupefactos. Incapaces de amor con los suyos, ¿cómo hubieran podido luchar en emulación con los cristianos para conquistar el premio de la caridad para con los extranjeros, para con los enemigos? De aquí que prefiriesen callarse, y, en el silencio, muchos de ellos aprendían á reflexionar más seriamente, y, finalmente, á imitarlos.

¡Que nosotros también, nosotros, los hijos de aquellos héroes, podamos buscar todavía, hoy y siempre, nuestra única fuerza y el triunfo de nuestra causa en el silencio y en la acción! Dejemos á los hijos del mundo sus discursos sobre la moral libre, é imitemos á nuestros padres en la práctica de las viejas virtudes, la paciencia, la pureza, la dulzura, la humildad; sepamos sufrir el hambre y la sed por la justicia, y la discusión sobre la preeminencia quedará terminada, y, de tal modo, que los mismos recalcitrantes serán atraídos hacia nuestra fe como los de los primeros días.

**6. Las virtudes sobrenaturales de la justicia humana son todavía más elevadas.**—Pero si el cristiano está obligado, en virtud de su fe, á practicar lo que exige ya su condición de hombre de un modo más perfecto que los sabios de este mundo, no obstante sus brillantes discursos, la justicia cristiana le abre en el terreno de las virtudes sobrenaturales, un campo de acción que siempre hubiera permanecido cerrado al espíritu humano sin la Revelación divina.

Aquí nos contentaremos con poner de relieve una sola virtud, de la cual apenas se habla, no obstante formar parte de las siete virtudes cristianas más excelentes, y constituir, al lado de la fe y de la caridad, la base de la vida sobrenatural: la esperanza. También forma parte, y por modo esencial, de la perfección cristiana. Superfluo sería demostrarlo. Si hay muchos que apenas ven en ella

(1) Tertull., *Apolog.*, 39.

una virtud, hay muchos más que ni siquiera sospechan que sea gran virtud. Sin embargo, es, sin duda alguna, una de las virtudes más difíciles de practicar y una de las más hermosas, pues es la virtud que nos enseña á conocer la vida sobrenatural en toda su intensidad, no siendo ella misma conocida y practicada más que allí en donde se encuentra una vida extraordinariamente seria. El que no ha sido nunca probado, el que no ha sufrido hasta el punto de no quedarle más que Dios y su conciencia,—y aun el primero envuelto como en una nube—es pobre, porque no sabe lo que es la vida, ni conoce el mundo, ni á sí mismo, ni tampoco tiene el menor presentimiento de lo que es Dios y la fe en su providencia.

Por lo contrario, ¡cuán vacías deben parecerle las palabras «conciencia de sí mismo», «fuerza viril», de las que el hombre hace tan gran ostentación, al que ha experimentado estas cosas! ¡Cuán vacía debe parecerle la conducta de aquellos cuya existencia se desliza en una dicha perpetua y en una atmósfera de color de rosa!

Sí, fácil es vivir y estar de buen humor cuando uno ve al rededor de sí más que gentes que no se atreven á mostrar la menor señal del dolor en su rostro y que alejan de sí toda impresión desagradable, cuando los hombres procuran complacerlos por todos los medios posibles, y cuando todo se da cita para impulsar á uno hacia adelante, sin hacer por sí mismo el menor esfuerzo. Pero, ¡quién creerá también que, aquel á quien todo le vaya viento en popa, pueda jamás ser hombre excelente y elevarse por encima de la ordinaria capacidad humana? ¡Qué sabe el que no ha sido probado? ¡Qué puede ser el que no ha sido sometido á las más duras pruebas? Natural es que semejantes espíritus hablen desdeñosamente de la esperanza que no conocen. Preciso es, desde luego, que la tempestad remueva las olas hasta en sus fundamentos; preciso es que todo socorro humano se oculte á nuestras miradas, para que podamos comprender la diferencia que existe entre la justicia del mundo y la cristiana. ¡Qué sig-

nifica esa orgullosa sabiduría estoica, la cual, en los días apacibles, se complacía en repetir llena de presunción: «Cuando el cielo quebrantado se desplome, me alcanzarán sus ruinas sin conmoverme?»<sup>(1)</sup> ¡Qué puede ofrecer ahora al hombre? Era aquella una sabiduría de gabinete bien caliente, pero una sabiduría insuficiente para la vida pública. En las horas de paz, no tenía más que palabras, pero en las de lucha y tempestad, hasta le faltaban aquellas. De aquí que, desde el punto y hora en que la cosa iba de veras, sus desgraciadas víctimas no sabían más que desertar cobardemente del campo de batalla, negar sus obligaciones, desesperar de sí mismas y, á veces, aniquilarse.

Todo lo contrario ocurre con la justicia cristiana. Despreciada hasta entonces, á causa de su exterior humilde, despliega de repente una actividad, un ardor, una tenacidad, que nadie hubiera nunca supuesto en ella. Las olas todo lo arrastran, crujen los costados del navío, el palo mayor vuela hecho trozos, el agua penetra en la cala por ancha abertura: «El viento aumenta su furor, mugen las olas y se elevan hasta el cielo, pidiendo con estrépito una presa. Inútil esperar socorros; el ruido de las olas y el horror que inspiran llenan de espanto el corazón de los más bravos».<sup>(2)</sup>

Entonces, en las angustias mortales en que nos encontramos, brota de nuestro pecho un grito: «Señor, sálvame; las olas amenazan tragarme»;<sup>(3)</sup> pero el Señor no nos escucha, como no escuchaba en otro tiempo á sus discípulos temblorosos cuando dormían en la barca, y mientras que elevamos nuestras manos hacia él, la tempestad redobla su furor. Todo parece perdido. Nuestros compañeros se burlan de Dios y de nuestra oración con la mofa de la desesperación. «Siempre seréis imbéciles;—nos dicen—rogad á vuestro Dios cuanto queráis; estáis perdidos pa-

(1) Horat., *Carm.*, III, 3, 6, 7.

(2) Cynewulf, *Andreas*, 3, 373 y sig.

(3) Ps., LXVIII, 2.